

FABRICE HADJADJ

TOM CRUISE
y su **MISIÓN:**
IMPOSIBLE
IMPOSIBLE



Fabrice Hadjadj

Tom Cruise y su misión: imposible

Traducción de Stefano Cazzanelli



Título en idioma original: *Tom Cruise et sa Mission Impossible*

© 2025 Éditions Première Partie

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2026

Traducción de Stefano Cazzanelli

Revisión de la traducción: Narcisa García

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, n° 185

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Estugraf-Madrid

ISBN: 978-84-1339-276-9

Depósito Legal: M-8725-2026

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

08 PRÓLOGO

TODOS LOS TOM	11
Como en un espejo, confusamente	13
Encuentro del <i>blockbuster</i> , de la encíclica y del lugar común	15
Realizar	16
Paradoja del héroe	18
La guerra de los mundos	21
Dejar la astilla	22
Ante quien arrulla y golpea a sus hijos	24
« <i>A movie messiah</i> »	26

07

«CONTEMPLACION».....	29
Esto no es cine de autor.....	31
Caballería de sofá.....	33
La pared y la pradera.....	34
La acción expresa mejor lo espiritual que lo psicológico.....	36
El honor gráfico.....	38
Correr.....	40
Figuras de la infancia: Buster Keaton y Gene Kelly.....	41
Cinética de la alegría pura	43
Entre autorreferencialidad y trascendencia	45

06

LA CARNE Y LA MÁQUINA.....	47
¡Todos científicos!	49
Controlar lo que está fuera de control	50
La ingenuidad de las máquinas y la duplicidad de los dispositivos.....	52
El hombre de la moto	54
Anatomía de una caída.....	56
Contra la estética digitalizada de Marvel Comics.....	58

05

EL ENCANTO Y EL MERCADO	61
El color del dinero.....	63
Del actor como primer vendedor.....	65
Del primer vendedor convertido en poeta (y profeta).....	67
Convertirse en moneda de cambio	69
Elogio del productor.....	71
La verdadera cifra de los negocios, o cuando el dinero invoca al arquetipo ...	73
La Bolsa o la Biblia.....	74
Y Tom se hizo caballero católico.....	76

04

POR UN JUEGO SERIO.....	79
La diversión, el juego y el arte.....	80
Artes en dos tiempos: música y teatro.....	81
<i>Acting</i>	83
Maduración de un estilo: la depuración y la parodia	85
¿Dualidad.....	87
...o suspensión?	89
El secreto mejor guardado	91
Escucha, Israel (es decir, Tom).....	93
Del pinganillo.....	95

03

DEL ROSTRO A LA MÁSCARA, Y DE VUELTA.....	99
Mostrar los dientes, pues.....	100
Bajo la sonrisa	101
Ante el espejo de Grimhilde	103
Los artificios de la vejez.....	105
Cuatro tipos de máscara: la máscara de oxígeno y el velo de la miseria	107
Cuatro tipos de máscaras (continuación): el <i>voyeur</i> visto	110
Cuatro tipos de máscara (fin): el rostro prestado	111
<i>Persona</i> , sustantivo latino, del verbo <i>per-sonare</i> : hablar a través	113
<i>Anagnórisis</i> , sustantivo griego, del verbo <i>ana-gno rízein</i> : reconocer.....	115
Tras la caída de la máscara	116

02

SERVICIO DE INTELIGENCIA: ENTRE PARANOIA Y METANOIA.....	121
MI6, CIA, FMI.....	122
Información, o aquello que importa poco conocer.....	124
Intrusión, o cómo entrar en uno mismo	126

Infiltración, o la paranoia crítica.....	127
¿Quién nos librará de los salvadores?.....	130
«¡No te vayas, hijo de puta!».....	132
Descifrar el estar en el mundo.....	133

01

MISIÓN: IMPOSIBLE.....	137
Aquello que no se espera.....	138
<i>Should you choose to accept it</i>	141
Este mensaje se autodestruirá en cinco segundos.....	143
Si usted o uno de los suyos fuera capturado.....	145
Renovación y tradición.....	146
El recurso del tiempo muerto.....	148
Crescendo maléfico.....	150
El peor enemigo.....	152
Que el amor no ofrece ninguna solución.....	153
«¿Qué abre eso?».....	156

00

EPÍLOGO

DIOS, MAVERICK Y YO.....	159
«Él convertirá el corazón de los padres hacia los hijos» (Mal 3,24).....	161
Top culture.....	163
El futuro llega, y usted no forma parte de él.....	164
La elección – fin de mi entrevista con el vampiro.....	167
Lo que ni siquiera debería haber comenzado.....	168

AGRADECIMIENTOS

POSFACIO ESPAÑOL

DE REMATE Y REBOTE.....	173
Una negación mayor que la muerte.....	174
Que España es misión.....	176
El Piloto de la Gran Sonrisa y el Caballero de la Triste Figura.....	177
El secreto patente.....	179
Sobre un marranismo cuadrático.....	180
La secta del Fénix.....	181

Convenía, sin duda, que ese gesto fuese realizado por un hombre que apenas creyera en Dios, y que ignorara sus Mandamientos. No teniendo la investidura de un patriarca ni de un profeta, importaba que fuera inconsciente de su misión, tanto como una tempestad o un terremoto, al punto de poder ser juzgado por sus enemigos como un Anticristo o un demonio.

Léon Bloy, *El alma de Napoleón*

Hay consuelo en el vacío del océano. No hay pasado. No hay futuro. Sin embargo, debo afrontar la dura verdad de las circunstancias presentes... Me asaltan las ironías de mi vida...

Nathan Algren (Tom Cruise)
El último samurái (2003)

08

PRÓLOGO

TODOS LOS TOM



«Then, take a look at nobody!»

Days of Thunder (1990)

Todos hemos sentido en algún momento que tenemos una misión en el mundo. ¿Para qué habríamos venido, si no? Eso se remonta a la infancia. No nos atrevíamos a decirlo. Apenas nos atrevíamos siquiera a decírnoslo a nosotros mismos; sentíamos que debíamos guardarlo como un secreto.

¿Os acordáis? En aquella época escribíamos con tinta invisible mensajes solemnes con erratas, con un palillo y zumo de limón, y sus letras reaparecían mágicamente cuando las acercábamos a una vela. O bien, tras colarnos sigilosamente en aquella habitación prohibida custodiada por fantasmas o por la sombra de nuestros padres, robábamos algún objeto del tercer cajón, no recuerdo cuál, como si la salvación de la humanidad dependiera de aquello, ya fuese una vieja moneda extranjera o una pata de conejo.

A nuestro alrededor, las personas hablaban de asuntos triviales; nosotros escuchábamos con recelo, astutos como el sioux que clavaba la oreja en el suelo para escuchar a lo lejos a la caballería. No, los adultos no podían vivir una vida tan cómoda sabiendo que estaban vivos y que iban a morir. No podían ser solo personas que se ocupan de la estética o de la gestión. Tenían que estar fingiendo. Debajo de todo aquello había una instrucción en clave. Nosotros buscábamos el código y, si hacía falta, lo inventábamos.

Éramos agentes secretos, por supuesto, tan secretos que nos habíamos infiltrado en esa familia y, para una mejor cobertura, nos habían hecho creer que era la nuestra, nos habían hecho olvidar nuestros vínculos anteriores con la Agencia, cuyo director se manifestaría, en el momento oportuno, para recordarnos nuestra verdadera identidad de héroes y desmontar los andamios de esta puesta en escena.

El mensaje se autodestruyó hace ya mucho tiempo, por desgracia. Se disipó en humo, y ese humo se confundió con el de los cigarrillos y los tubos de escape. Como dice melancólicamente Fernando Pessoa en su *Libro del desasosiego*, nos parecemos a «los soldados de un ejército desertor cuyos jefes tuvieran un sueño de gloria del que, a ellos, perdidos entre el fango pantanoso, solo les queda la noción de grandeza, la conciencia de haber pertenecido al ejército y el vacío de ni siquiera haber sabido lo que hacía el jefe al que nunca vieron».

Nos preguntamos si quien nos envió existe, si es cruel y perverso. ¿Acaso esta misión no era más que una ilusión juvenil? Entonces, a la hora de hacer balance, ¿por qué nos invade la sensación amarga de no haberla cumplido? ¿Y por qué nos evadimos tan a menudo a mundos virtuales, series, videojuegos, donde reaparecemos como campeones antes de regresar a la oficina, entre *team builders* tan incapaces de escapar a la exigencia del sueño que buscan compensar las frustraciones con conferencias sobre la «misión de la empresa»?

Y de pronto aparece Tom Cruise, emprendedor de sueños, estrella de la pantalla.

Se nos apareció con *Top Gun*, cuando éramos adolescentes, en ese momento en que ya habíamos renunciado a las fantasías de la niñez, pero todavía no habíamos aceptado la sociedad adulta. Desde entonces regresa una y otra vez, cada vez más claro y más oscuro, radical y ridículo a la vez: una mezcla de Peter Pan que querría crecer sin envejecer y de Don Quijote que proyecta lo épico sobre una época entregada al cálculo (pero también de Sancho Panza, puesto que se enriquece monetizando su heroísmo de ficción).

¿De dónde le viene su éxito? ¿Está ahí solo para divertirnos? Si el entretenimiento funciona tan bien, ¿no será porque acciona en nosotros algún engranaje importante, como un primer movimiento de conversión que se queda a medio camino? ¿Halaga en mí al adolescente rezagado? ¿Despierta el remordimiento del adulto que renunció a la aventura?

Y es que nos la recuerda sin cesar, esa aventura, sin que sepamos distinguir entre el interés comercial, la recaída narcisista y la exhortación sincera. Por séptima vez, segunda parte, *Final Reckoning. Sentencia final*, nos remite al fondo de nuestros corazones y reconcilia, por encima de nosotros mismos, al niño que ya no somos y al sabio que nunca seremos: una misión imposible...

COMO EN UN ESPEJO, CONFUSAMENTE

El lingüista y botánico André-Georges Haudricourt hace esta observación decisiva y generosa —pues autoriza al antropólogo a escoger para su investigación cualquier cosa que tenga a mano—: «Cualquier objeto, si se estudia correctamente, lleva a toda la sociedad». Del mismo modo, *a fortiori*, cualquier hombre. Consideradlo con rectitud, y llevará todo el misterio de la historia.

Podría ser nuestro farmacéutico Grasland, o Beatriz, nuestra formidable empleada de hogar. Todo hombre vuelve a representar el drama de la humanidad. Todo hombre retoma la trama y la prolonga desde antes de su nacimiento hasta más allá de su muerte, hacia no se sabe qué desenlace: centro del mundo y anécdota de la nada, extremo último de las generaciones y simple número que el tiempo borra con rapidez. Todo hombre... Todo Tom, al fin y al cabo.

Su estatus de estrella lo separa de todos y lo hace recorrer, como el rey David, «el camino de todos» (1Re 2,2) al mismo tiempo. Esa popularidad no lo vuelve más digno que los demás. A lo sumo funciona como una lupa: al colocarlo bajo los focos se muestra mejor su oscuridad esencial.

Helo aquí de nuevo corriendo por las callejuelas de Venecia o por los tejados de un aeropuerto. Helo allá alcanzado por aquello que se le escapa. Aquí, alcanzándonos a nosotros mismos, alegoría de nuestro propio destino: en busca de la juventud eterna y encontrando, en la última curva, solo un viejo calvario profanado.

Intentaré ver las cosas con mayor claridad. No soy clarividente. Sigo siendo una pregunta para mí mismo. ¿Cómo podría entonces sondear a Tom Cruise, a la vez tan lejano y tan próximo? Mi meditación solo puede apoyarse en lo que él muestra — su apariencia en el espejo, su aparición en la pantalla —, pero también en la reserva opaca desde la que produce esa muestra con sus dispositivos, y que sigo adivinando, indirectamente, a través de mi propio enigma, como la cabina de proyección a espaldas de los espectadores.

Lo que ofrezco al lector no será nunca más que *mi* Tom Cruise. Mi mano, como en *Misión imposible*, cogerá el borde de la máscara entre la mandíbula y el cuello, y hará aparecer, bajo su imagen, mi propia figura. Pero, querido lector sí, comprendes mi propósito, admitirás también que un autorretrato así de este filósofo a través de Cruise no deja de ser un señuelo. Es a ti a quien debes descubrir ahí debajo. A ti, no menos que al transeúnte con el que te cruzaste

hace un momento sin reparar en él (sabiendo que ese transeúnte, para mí, podías ser tú mismo).

ENCUENTRO DEL *BLOCKBUSTER*, DE LA ENCÍCLICA Y DEL LUGAR COMÚN

Lo que estas páginas quieren propiciar es, además, un cierto encuentro entre Tom Cruise y el papa Francisco. No porque Tom recuerde haberse sentido en paz durante el año que pasó en el seminario Saint Francis de Cincinnati tras el divorcio de sus padres. Tampoco porque el vicario de los científicos aspire a ser una suerte de pontífice, como lo sugiere su irrupción en el Vaticano, en *Misión imposible III*, con sotana y solideo negros, ocultando un ordenador en un breviario, o aquella foto suya como productor judío en *Tropic Thunder*, en la que aparece cautelosamente de rodillas ante Juan Pablo II. Sino por aquello que constituye, para uno y otro —aunque por títulos muy distintos—, el punto focal de su pensamiento: la misión.

En *Evangelii gaudium*, el papa Francisco insiste en aquello de lo que todo cristiano debe estar convencido por su fe: «Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar». En otro lugar, lo que quizá parecía prerrogativa del cristiano se revela aplicable a todo hombre, e incluso a todo ser vivo —mejillón, águila o topo—: «No es que la vida tenga una misión, sino que es misión».

¿Quién mejor que Tom Cruise para tener esa certeza? ¿Quién más que él lo demuestra, incluso en su huida —si es que realmente se trata de una huida—, ya sea señalando negativamente aquello que deja atrás o recomponiéndolo ante sí bajo otra forma? «¿Adónde iré lejos de tu aliento, adónde escaparé de tu mirada? Si escalo el cielo, allí estás tú; si me acuesto en el abismo, allí te encuentro» (Sal 139,7-8).

Hay, desde luego, esos hitos que jalonan su travesía (*cruise* quiere decir «cruce», y el cruce es como una cruzada que se degrada en turismo): su breve paso por un seminario franciscano; su compromiso muy industrial con aquello que pretende ser una «Iglesia»; su obra principal como productor, coguionista, actor y especialista, que se presenta bajo un rótulo misionero... Pero, una vez más, aunque se tratase de un camarero, en el bar *Universo*, en Brignoles, la llamada sería la misma. Hay un alma del camarero como hay un alma de Tom Cruise (que, por lo demás, asumió muy pronto, en *Cocktail*, el papel de un barman con talento). Tanto en uno como en otro, el infinito se refracta, y de ese infinito la celebridad no está más cerca que el hombre común.

REALIZAR

Por lo demás, el Tom soñado importa tanto como el Tom que aparece en esta vida que llamamos «de todos los días». El sueño está tan íntimamente ligado a nuestra vida que la realidad no se dice solo por oposición a él, sino también a través suyo. La palabra *sueño* designa incluso aquello que buscamos realizar, como si lo real fuera a la vez su materia y su límite.

Así ocurre con el Tom que se realiza a través de sus distintas películas: Pete «Maverick» Mitchell, Joseph Donnelly, Frank T. J. Mackey, Jack Reacher, Ethan Hunt... En cuanto a este último nombre, el del agente secreto, sin duda hubo reuniones artísticas para elegirlo. El nombre propio remite a un cantor de los salmos de David y se traduce por «fuerte»; el apellido significa «caza» en inglés, y uno se pregunta si quien lo lleva es *hunter* o *hunted*, cazador o cazado: probablemente ambas cosas a la vez.

«Te estás proyectando —se me objetará—; ni los guionistas ni Tom Cruise han ido tan lejos». De eso nada. Estamos en un país donde la Biblia se encuentra en la mesilla de todos los moteles. En

cuanto a la alusión onomástica, constituye el fundamento mismo del arte narrativo. ¿Por qué creéis que, en *Sentencia mortal*, la que posee la llave —una llave cruciforme— se llama Grace («gracia»)? ¿Y por qué el villano, un tal Gabriel al servicio de la Entidad, habría matado a una Mary («María») que muere en brazos de Ethan antes de su reclutamiento por los servicios secretos? La última *Misión imposible* quiere, de manera discreta, situarnos frente a una anti-Anunciación.

Aunque aceptara la objeción, repetiría una vez más: lo que me interesa no es tanto lo que escribe Tom Cruise como lo que se escribe con él. Soy como un espía frente a su película de espías. Descifro. Y si mis desciframientos son parciales, sesgados o incluso erróneos, al menos aplican la clave de lectura bíblica, ese «gran código del arte», según William Blake, que es tanto eje de la cate-dral proustiana como hilo conductor del laberinto nietzscheano.

El pequeño hombre es un jeroglífico que solo el Altísimo puede descifrar de verdad. Sus gestos más ínfimos, según el rumbo de su corazón, importan más que las grandes causas de la actualidad. Esas causas son grandes en relación con el tiempo; esos gestos del corazón valen para la eternidad. Según su inclinación interior, desembocan en el cielo o en el infierno. Ahí se revela la realización última (*to realize*, en inglés, quiere decir «tomar conciencia»; en español, «hacer real», pero ambos sentidos están ligados: la realidad más profunda solo se vislumbra a través de esa toma de conciencia de nuestro abismo humano).

Nuestras vidas se escriben en una lengua trascendente que solo podemos traducir de manera aproximada. Por ahora, según otra imagen muy antigua, la del tapiz, entrelazamos los hilos por el revés; pero cuando se le dé la vuelta, ¡qué dibujos asombrosos se revelarán bajo nuestros torpes esbozos, qué colores deslumbrantes bajo nuestra grisura cotidiana...! Como en las películas de espionaje, precisamente: el mejor final, desde el punto de vista dramático, es a la vez el más libre y el más necesario, el más inesperado y

el más esperado, obedeciendo a un *logos* tan más allá de nuestras lógicas humanas que las respeta al mismo tiempo que las supera y, mejor aún, que las asume, puesto que las crea. «¿Cómo no se me ocurrió antes?!», habrá que exclamar ante aquello que, precisamente, era imposible pensar antes.

Conviene señalar que la imagen del tapiz no es la de la pintura, tan apreciada por los estoicos. Según esta última, bastaría con tomar distancia, con considerar el conjunto: lo que a primera vista parecía un revoltijo de salpicaduras se revela como una composición nítida y luminosa. En el tapiz visto del revés, en cambio, la distancia no cambia nada. La cuestión no es ampliar nuestro campo de visión ni comprender cómo se inserta la parte en el todo. Hay que pasar al otro lado. Hay que entrar en el secreto.

La altura de miras no es nada sin la conversión de la mirada. Y esa conversión no depende solo de nuestro esfuerzo. Podemos esbozarla, no realizarla. Hace falta esa mano fuerte capaz de darle la vuelta al mundo, la del gran guionista: compone con las improvisaciones de sus actores y sabe producir los giros más inesperados.

PARADOJA DEL HÉROE

Hay una paradoja del héroe que condensa la vieja controversia entre el mérito y la gracia. El héroe parece deber su triunfo únicamente a su energía y a su sagacidad cuando, sin embargo, ha tenido que arriesgarse hasta el extremo. Cuanto mayor es el peligro, mayor es su heroicidad. Podía —más aún, debía— no salir con vida. Su gloria implica la demostración tanto de su propia fuerza como de aquello que va más allá de sus fuerzas, lo cual supone, en relación con el desafío afrontado, un descenso a su propia debilidad. Las proezas de una apisonadora no podrían conmovernos. Por razones estrictamente dramáticas —y no simplemente morales—, por necesidad de suspense, de riesgo y de identificación, el

poder heroico debe estar sujeto a retrasos, a adversarios superiores o iguales, a los apuros de cualquiera. Los peatones que cruzan la calle interrumpen su fantástica persecución como en cualquier tráfico. El maletín tan valioso se le escapa en un tirón brusco, como le ocurre a la anciana. ¿Tiene que desactivar una bomba? El tiempo limitado del que dispone lo devuelve al nivel de quienes pueden perder el tren. ¿Está en el saliente de una fachada, demasiado alto para saltar sin romperse los huesos? De pronto irrumpe un camión cargado de bolsas de basura que, por fortuna, amortigua su caída. O bien la amiga, que nada sabe de revólveres, se hace con uno justo a tiempo y dispara entre los ojos del villano que estaba a punto de apuñalarlo por la espalda. La fatalidad se ensaña; el azar hace bien las cosas.

He aquí, pues, los impedimentos exteriores que el héroe solo puede superar con la ayuda de la contingencia y de sus aliados. Pero existen también los interiores: los dilemas; la melancolía de ser un discapacitado al revés; esa vulnerabilidad que el amor impone incluso al invencible, puesto que se vuelve vulnerable en aquello que ama: el niño, la mujer frágil, el amigo vacilante y torpe...

De manera general, el héroe está ahí para proteger al hombre común. No puede lanzarse a la aventura despreciando lo cotidiano: si arremete contra el dragón que escupe fuego, es para defender la pequeña llama de los hogares; si triunfa sobre la hidra de Lerna, es para que vuelvan a brotar las cabezas de alcachofa. Su existencia extraordinaria está al servicio de lo ordinario. No teme exponer la primera para salvar la segunda.

Ethan Hunt — Siempre pondré tu vida por encima de la mía.

Grace — ¡Ni siquiera me conoces!

Ethan Hunt — ¿Eso qué importa?

Aunque solo apuntara a la fama, tendría aún que hacerse cercano al pueblo. ¿Cómo, sin la admiración del pueblo, podría ser popular? Su superioridad, que lo eleva hasta la estratosfera, deja

siempre abierta la posibilidad de una transposición a los grados más bajos de la escala. El superhombre debe ser asimilable por el quídam; de lo contrario, no podría conmovirlo ni exaltarlo. No basta con que se incline hacia él: es preciso además que haga suya su banalidad, que reúna en su propia persona las dos naturalezas: la superior y la inferior.

Para ello, ¿qué mejor que el amor? Nos pone a todos en pie de igualdad, al débil y al fuerte, al pobre y al rico. Como nada puede comprar ni forzar el amor verdadero, el fuerte, para ser amado, se encuentra incluso más débil que el débil, y el rico, más pobre que el pobre. Uno y otro no dejan de preguntarse si son amados por sí mismos o por su fuerza o su riqueza. Así, el amor «derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes» (Lc 1,52).

Por último, ¿de dónde procede la fuerza del héroe? No se ha creado a sí mismo. Podría no haber nacido. Para su formación ha dependido de diversos encuentros —padres, maestros, compañeros...—. Ha sobrevivido al episodio anterior cuando todo conspiraba para su exterminio. Su propio mérito hunde sus raíces en un don. El héroe es heraldo de una fuente y de una comunión que vienen de otra parte. Cuanto más sale adelante, más oye que le dicen: «Gratis habéis recibido, dad gratis» (Mt 10,8).

Si pertenece a la Agencia, después de haber recibido agradecimientos por sus proezas, debe a continuación diluirse entre la multitud. Sus servicios, por definición, han de permanecer secretos. Su mano izquierda no debe saber lo que hace su mano derecha. Nada de fama para él. Quienes están en deuda con él ni siquiera saben que lo están. Un diálogo de la unidad de *Misión imposible*, al final de *Protocolo fantasma*, lo resume con bastante precisión:

Benji Dunn — Toda esta gente a nuestro alrededor está sonriente y feliz. Ni siquiera se da cuenta de que estuvo a punto de ser pulverizada. Si no hubiéramos tenido...

Willy Brandt — ...una suerte increíble...

Ethan Hunt — ¿Eso es lo que crees? Estábamos sin preparación, a ciegas, desautorizados... La única cosa que ha funcionado como debía en esta misión ha sido nuestro equipo. Y no sé cómo fuimos reunidos...

Aquí, el héroe sabe que no es héroe en solitario y no sabe cómo se ganó la batalla. Intuye que todo se decidió por casi nada: ese casi nada que es la gracia.

LA GUERRA DE LOS MUNDOS

A Tom Cruise le gusta interpretar héroes. ¿Significa que juega a ser uno? ¿Qué relación hay entre el Tom de la filmografía y el de la biografía? Entre *Top Gun* y *Sentencia final* se sitúa *La guerra de los mundos*. La escena que inaugura la aparición de las máquinas extra-terrestres se desdobra de manera significativa a través de una cámara de vídeo caída: el aficionado quería captar la catástrofe, pero es la catástrofe la que lo capta a él (Spielberg sugiere así que el cineasta solo puede acercarnos a la catástrofe mostrándonos hasta qué punto su representación todavía queda lejos de ella). Luego aparece la iglesia de ladrillo rojo, no menos significativamente desdoblada, partida en dos por un desgarramiento del suelo: el pórtico y la fachada se hunden hacia la izquierda, mientras la nave se retrae.

Esta fractura tiene lugar en la propia realidad. Tras el éxito de *Minority Report*, Cruise y Spielberg están deseosos de volver a trabajar juntos y ponen en marcha el nuevo proyecto de *La guerra de los mundos*; apenas concluida la película y lanzada la campaña de promoción, Spielberg promete públicamente no volver a colaborar jamás con Cruise.

No se trata solo de que este último plantara en los propios lugares de rodaje una carpa de su Iglesia, tratando de captar adeptos entre el equipo técnico. Ocurre también que aprovecha las ruedas de prensa y las entrevistas televisivas, habida cuenta del carácter

apocalíptico de la película, para hacer propaganda, llegando incluso a afirmar que la psiquiatría es una «pseudociencia» y que Lafayette Ron Hubbard posee las claves de la salud mental.

En ese momento, ¿es la persona de Tom Cruise la que se revela, o el más facticio de los personajes? Ante los periodistas, incluso más que ante la cámara, hay que mantener el rango, permanecer en escena. La estrella, al haber convertido su persona en una personalidad pública, acaba por parecer siempre más artificial que los personajes que exhibe en la pantalla. De hecho, se le oye declarar: «*I don't pretend to be the character, I am the character*». Cree con esta afirmación ensalzar la naturalidad de su interpretación, pero lo que delata es más bien el carácter afectado de su vida.

De ahí esa droga que son los papeles, en los que respira. Gracias a su máscara luminosa, puede desprenderse del malestar, del tartamudeo y de las rigideces de su aparición como figura de escaparate en las escaleras del festival, y desatar las mentiras de la mundanidad mediante los espejismos de la ficción.

DEJAR LA ASTILLA

He aquí, pues, a Ray Ferrier, no camarero, sino gruista-estibador en los muelles de Brooklyn. Su trabajo: mover grandes contenedores. Sus aficiones: trastear con motores V8. Es padre, por cierto. Es verdad que no se le nota. Solo lo descubrimos porque le toca el turno de custodia compartida. Su exmujer, flanqueada por su nuevo y maravilloso marido, le deja a un hijo y una hija que lo desprecian a conciencia y no lo llaman papá. Tom es aquí el tipo cualquiera, el fracasado, el divorciado que, durante el primer ataque extraterrestre, se echa a correr como los demás: primero hacia atrás y a trompicones, entre el miedo y la curiosidad; después, con el rabo entre las piernas, el pelo blanqueado por las cenizas de sus vecinos desintegrados por los rayos láser.

Toda la aventura que sigue no consiste en un enfrentamiento, sino en ganar tiempo. La tecnología llegada del espacio exterior es tan superior a la nuestra que el combate está perdido de antemano. Hacerle frente equivale a morir. Más vale retirarse, como los monjes en tiempos bárbaros, recluirse con los suyos en un *scriptorium* mientras las hordas se desbordan a su alrededor. La relación de fuerzas debe dejar paso a la relación humana, lo más difícil en medio del sálvese quien pueda general, pues la situación de debilidad resulta aún peor: los seres humanos, arrastrados por la confusión de la huida, se pisotean unos a otros sin la menor piedad.

Ferrier va a luchar, pues, para no entrar en esa lucha feroz y para esperar con sus hijos a que todo pase, o a que se conceda gracia a una humanidad condenada. Aprende a ser no un héroe, sino un padre. E incluso como padre, a no ser solo protector o proveedor —sus hijos rechazan las tostadas con mantequilla de cacahuate con las que intenta amordazar su angustia—, sino a saber dejar marchar a su hijo mayor cuando llega la hora de que siga su propio camino, y a escuchar a su hija, que conoce las nanas que él nunca le cantó.

Es ella quien, desde el primer momento, profetiza el futuro. Una astilla se le ha clavado en la carne al apoyarse en el balcón mal cuidado. Su padre quiere quitársela. Sin su intervención, el dedo se infectará. «No», le responde ella, «cuando llegue el momento, mi cuerpo la expulsará».

Sabemos cómo termina la invasión, conforme a la novela de Wells. Lo que acaba por abatir a los extraterrestres no es lo más grande, sino lo microscópico: «Tras el fracaso de las armas y del ingenio humanos, fueron derrotados por las más diminutas criaturas que Dios, en su sabiduría, ha colocado sobre esta tierra». Mientras nosotros hemos coevolucionado con nuestras bacterias, pagándoles tributo desde hace milenios, los extraterrestres las reciben de lleno y se derrumban bajo el impacto microbiano.

En este ensayo sorprendente, Fabrice Hadjadj mira a Tom Cruise más allá del cine. El héroe de *Misión: imposible* siempre está corriendo. Pero ¿qué busca?

¿De qué huye? Cruise encarna nuestra búsqueda de vocación en un mundo que solo ofrece papeles y funciones. Cuando un actor se convierte en símbolo de una generación, inevitablemente refleja algo de su época. Por eso, al hablar de Tom, hablamos también de toda la humanidad.

En la saga de *Misión: imposible* se repite una escena clave: el protagonista recibe un mensaje, acepta el riesgo y actúa antes de que sea demasiado tarde. Hadjadj propone leer este motivo como una metáfora de nuestra propia existencia. Tal vez nosotros también fuimos enviados. Tal vez nuestra vida también tiene un propósito. La verdadera pregunta es si aún estamos dispuestos a escuchar la llamada, que se autodestruye rápido, y si quien nos envió realmente existe, y si es benévolo o malévolo.

Entre filosofía, teología y cultura popular, este libro nos invita a despertar y a recordar una idea que creíamos perdida: vivir puede ser todavía una aventura y ninguna misión es tan imposible como parece.

TOM CRUISE Y SU MISIÓN: IMPOSIBLE



Depósito Legal: M-8725-2026



ISBN: 978-84-1339-276-9



9 788413 392769